

cabular, el estilo centelleante, movido, rico y preciso de Sanín Cano resulta un reconstituyente de los más aconsejables. Conviene a los escritores, aún sobre el lector ordinario.

NUEVO SILABARIO "LEA", de *Luis Gómez Catalán*, *Berta Riquelme* y *Domingo Valenzuela*

Con hermosas ilustraciones de Gustavo Carrasco, este libro significa revaloración de sistemas y métodos desde el punto de vista de nuestra lengua. En efecto, asentándose en las bases que otorga la filología, se ha considerado la escritura esencialmente fonética del castellano para no desdeñar los ejercicios analíticos del silabeo. No se menoscaba, en rigor, la agencia de los procedimientos que hacen del aprendizaje un proceso global. No. Tan sólo vuelven a aprovecharse las ventajas del fragmentario.

Otra innovación, y muy atrevida, la constituye el tono de la obra. El lenguaje es escogido, al extremo de que los propios maestros van a verse obligados a consultar el diccionario a menudo. La sensibilidad de los autores se revela en la exquisitez y delicadeza con que se han redactado los trozos, como asimismo en la selección de escritores de varias nacionalidades. El silabario pasa a ser una verdadera antología. Al actualizar este criterio, los pedagogos han debido considerar unos cuantos postulados que se nos antojan legales.

En primer término, la educación escolar debe ofrecer lo que la hogareña es incapaz hasta de proponerse en los medios modestos de la población. La mayor parte de los niños de clases menesterosas carecen de otra oportunidad para asomarse al mundo de la cultura, y son precisamente los años de la infancia quienes procuran la etapa más adecuada para formar a las generaciones en los hábitos de superación con el concurso del supremo instrumento: el idioma.

En una palabra, se trata de empresa audaz. Gómez Catalán, Domingo Valenzuela y Berta Riquelme, se ponen en el punto de vista de lo que debe ser. No ignoran que las cosas son de otra manera, pero estiman que un establecimiento sistemático de formación

no debe descender hasta el mundo, por lo común minúsculo y mezquino, de los educandos, sino hacer que éstos se eleven a la esfera compleja y nutricia de los valores. Es posible que la asimilación deje mucho que desear en el comienzo. Sin embargo, hay que pensar en que algún día se habituarán. Además, la agudeza para ir asimilándose los contenidos estéticos y hasta morales no depende de modo exclusivo del desarrollo intelectual. ¿No se recuerda el discurso de Don Quijote a los cabreros? Ellos apreciaban la palabra, sin que atinaran a explicárselo, por una especie de simpatía, de comunión enraizada y puede que subconsciente. Si los niños se acostumbran a intuir la belleza, gustarán de sus efectos, y esto es lo que importa. Algunos, los que tengan la suerte de proseguir estudios superiores, harán conscientes o inteligentes las valoraciones, y habrán preparado la ruta de la acuidad estimativa. Los otros, los que no continúen estudiando, por lo menos habrán comulgado con la autenticidad del arte, no se habrán envilecido memorizando estupideces vacuas, como es costumbre almacenar en silabarios, que se convierten así en sentinas del mal gusto y potencial hervidero de apreciaciones torcidas y flacas.

Se predica en axiología que los valores son universales, al paso que la objetivación de los mismos es relativa, y, por tanto, no sólo discutible, sino impugnable. Lo bueno, pongamos, por acaso, es distinto de las costumbres encontradas u opuestas en que los hombres logran establecerla. Así pasa con la intención estética de este silabario: ella es valiosa, sin duda merece ser estimulada; pero más de alguien puede, naturalmente, discutir en ocasiones la forma en que se objetiva.